

MEDITACIÓN XXII

Los tres guardas de la castidad sacerdotal

- I. La humildad.
- II. La vigilancia.
- III. La generosidad.

PRIMER PRELUDIO.—Representarse á Timoteo abrumado de enfermedades, abatido por las mortificaciones y consumido por los trabajos apostólicos, y os pasmará oír á San Pablo hacerle la siguiente recomendación de la cual parecía no necesitar: *Te ipsum castum custodi* (1).

SEGUNDO PRELUDIO.—Pedir al Espíritu Santo que os enseñe á conservar intacto un tesoro tan precioso; y pues á El sois deudores de perla tan estimable, suplicadle que os defienda contra el pérfido enemigo que pugna por arrebatároslo. *Hostem repellas longius*.

PUNTO I

La humildad

Esta inapreciable virtud es el primer baluarte que debe defender nuestra flaqueza! La causa de las caídas que deshonran el santuario ¿no es acaso siempre la temeridad con que nos exponemos al peligro? ¡Oh! cuán cerca está del abismo el que no se conoce y confía en sí mismo. La castidad, dice San Francisco de Sales, es una virtud tímida y delicada, medrosa y pusilánime; una sola palabra la asusta, una mirada la espanta: *Beatus homo qui semper est pavidus* (2). El mayor peligro en esta materia es no dar importancia al mismo peligro. Ni la firmeza de carácter, ni los progresos que haya uno hecho en la perfección, ni la edad avanzada, pueden prometer-

(1) Tim., V, 22.
(2) Prov., XXVIII, 14.

nos una completa seguridad. El sacerdote no deja de ser hombre; la unción sacerdotal no ha extinguido el fuego profano que arde en nuestras venas, y no tenemos en este punto otro privilegio que el de ser más tentados: mayor violencia se hace contra aquello que está más defendido.

No estemos pues, sin temor: *Nec in præterita castitate confidas*, nos dice San Jerónimo: *Nec sanctior Davide, nec Samsonne fortior, nec Salomone potes esse sapientior*. Un momento crítico, y la tentación más insignificante puede hacer del corazón de un sacerdote, y aun del más santo de los sacerdotes, el corazón de un réprobo. La debilidad natural es tan grande, el demonio tan astuto, el contagio tan universal, las ocasiones tan frecuentes que, á no llevar las precauciones hasta el exceso si es que puede darse exceso en esta materia, un sacerdote por más santo ó ángel que sea, llegará á ser pronto un sacerdote disipado, un ángel caído. Ponderemos atentamente las palabras de San Jerónimo: *Plurimi sanctissimi viri ceciderunt hoc vitio propter suam securitatem*. Las de San Agustín son todavía más espantosas: *Crede mihi, episcopus sum, veritatem loquor in Christo; non mentior: cedros Libani et gregum arietes..... corruisse vidi, de quorum casu non magis præsumebam, quam Gregorii Nazianzeni aut Ambrosii*.

No se debe confiar tampoco en lo avanzado de la edad; las canas de la vejez no nos ponen á cubierto de los peligros. ¿Eran acaso jóvenes aquellos jueces infames que trataron de violar la virtud de Susana y Salomón cuando mancharon tan detestablemente su alma? *Cum esset senex, depravatam est cor ejus per mulieres* (1).

Bienaventurado el sacerdote que en este punto está siempre con santas alarmas: *In hac parte expedit plus bene timere, quam male fidere* (2). Con facilidad en esto la confianza degenera en presunción; Dios da su gracia á los humildes; á los soberbios les re-

(1) III Reg., XI, 4.
(2) San Cipriano.

siste (1). ¡Cuán hermoso es este pensamiento de San Fulgencio! Si la virginidad es la humildad de la carne, la humildad es, á su vez, la virginidad del corazón. En las relaciones más indispensables con el mundo, en los usos más acreditados, en las más santas funciones de su ministerio.... se hallan tendidas asechanzas á la pureza del sacerdote. Si preguntamos con San Antonio: ¿quién se librará de tantos peligros? se nos responderá como á él: *Sola humilitas secura transire potes*. ¿Quieres ser casto, dice San Ambrosio? Sé humilde. ¿Quieres ser muy casto? Sé muy humilde.

PUNTO II

La vigilancia

Es una consecuencia de la humilde desconfianza y del conocimiento de los peligros á que uno se halla expuesto. El hombre sabio que se ve obligado á caminar por un sendero resbaladizo, lleno de precipicios, no irá distraído, sino por el contrario mirará bien dónde fija su planta (2). Llevamos el tesoro de la castidad en vasos frágiles y, por otra parte, á arrebatarnos este tesoro se dirigen los ataques de un enemigo pérfido que quiere cebarse en nuestra perdición. Una sorpresa, un descuido puede precipitarnos al fondo del abismo. Persuadido el buen sacerdote de que la continencia es fruto de la gracia (3), la pide; más aún, se hace digno de ella siempre que puede, obedeciendo al divino precepto de la vigilancia, tan recomendado en el Evangelio. ¿No es acaso digno de notarse que en un solo capítulo (4), lo encontremos hasta cinco veces? El lazo descubierto deja de ser peligroso. La vigilancia es la

(1) I Petr., 5.

(2) *Considerat gressus suos*. (Prov., XIV, 15).

(3) *Ut scivi quoniam aliter non possem esse continens, nisi Deus det....* (Sap., VIII, 21).

(4) Marc., XIII, 9, 23, 33, 35, 37.

lámpara encendida que el siervo prudente tiene en la mano para alumbrar su camino y evitar las asechanzas del enemigo. Alerta siempre sobre sí mismo y sobre las impresiones que de fuera recibe, previene las tentaciones, menguando su violencia con la prontitud con que las resiste. Sabe que más fácilmente se apaga una centella que un incendio, y que las más enormes caídas han tenido insignificantes comienzos.

El buen sacerdote extiende su vigilancia á todo, pues para él no hay nada que no pueda venir á serle ocasión peligrosa. Vela especialmente sobre la imaginación cuyos desvaríos son á veces funestos á la inocencia. Si los ojos del alma no están muy sobre aviso para prevenir las imágenes peligrosas que se presentan y cerrarles la puerta, podrán hacer grande estrago. Vela sobre su corazón para reprimir á tiempo las acciones demasiado naturales, las amistades demasiado sensibles, el apego á las cosas terrenas. Vela sobre todos sus sentidos externos, dando grande importancia á la modestia en los ojos: *Pepigi fœdus cum oculis meis, ut ne cogitarem quidem de virgine* (1). *Visum sequitur cogitatio, cogitationem delectatio, delectationem consensus* (2).

Vela sobre su celo y sobre los sentimientos que le inspira, siempre con el temor de que *habiendo comenzado en espíritu no termine en carne* (3). Pero vela con un cuidado más particular sobre su conducta con aquellas personas cuya edad y sexo expondrían su virtud ó su honra. *Fugiendæ in primis cum mulieribus colloctiones.... atque etiam ubi nos necessitas adegerit ab ipsis non secus atque ab igne cavendum est, adeo ut quam ocissime, nulla mora, ab isti nos extricemus* (4).

(1) Job, XXXI, 1.

(2) San Agustín.

(3) Gal., III, 3.

(4) San Basilio.

PUNTO III

La generosidad

Ninguna virtud exige tanta como la castidad virginal. Nos son necesarias continuas luchas con un enemigo del cual no podemos desprendernos, pues es parte de nosotros mismos. ¡Cuántas veces ve la necesidad de cortarse la mano y sacarse los ojos! (1). Cuántas veces el consejo dado por el autor de la *Imitación*, viene á ser un precepto: *Substrahere se violenter ab eo ad quod natura vitiose inclinatur!* (2). Hay lazos que el hombre prudente no se entretiene en desatar sino que los corta. Hay victorias que sólo se alcanzan con la retirada: *Apprehende fugam, si vis obtinere victoriam* (3).

¿Qué no han hecho los Santos para conservar su castidad? ¿Qué no han sufrido y sacrificado antes que dejar empañar su brillo? ¡oh, cuántas lágrimas no costó á San Agustín, qué de vigiliás á San Jerónimo, cuántos ayunos á San Hilarión, cuántas maceraciones á muchos otros siervos de Dios y qué de mortificaciones á todos! ¡Cuántos para defenderla han dado su vida, uniéndolo la palma del martirio á la de la virginidad! El valor que se requiere parece, bajo cierto punto de vista, que sobrepaja al de los mismos mártires; la lucha de estos últimos es violenta, pero poco duradera; en cambio, la de las almas vírgenes dura toda la vida.

Glorifiquemos y llevemos á Dios en nuestro cuerpo (4) y hagamos de El una hostia viva, santa, agradable al Señor, cuya inmólacion pueda ir unida á la oblacion del sacrificio de nuestros altares: *Obsecro vos..... ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem,*

(1) Matth., V, 29.

(2) *Imit.*, l. I., c. XXV.

(3) San Agustín, Sermon. 250 de temp.

(4) *Glorificate et portate Deum in corpore vestro.* (I Cor., VI, 20.)

sanctam, Dei placentem (1). ¿Dónde hallar la mortificación de Jesucristo, si no se encuentra en los que se alimentan de Jesús crucificado? Pero, sobre todo, oremos: *Ure igne sancti Spiritus renes nostros et cor nostrum, Domine, ut tibi casto corpore serviamus et mundo corde placeamus* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La humildad, primer baluarte defensor de la castidad sacerdotal.* ¡Oh, cuán cerca está de precipitarse en el abismo el que confía en sus propias fuerzas. *Beatus homo qui semper est pavilus.* Ni la gravedad del carácter, ni los progresos que se hayan hecho en la perfección, ni lo avanzado de la edad pueden ofrecernos seguridad completa. *Plurimi sanctissimi viri ceciderunt hoc vitio propter suam securitatem.* Es menester pensar en cada una de estas palabras. *Sola humilitas secura transire potest.*

PUNTO SEGUNDO.—*La vigilancia.* Es efecto de la humilde desconfianza de sí mismo. Somos portadores de un precioso tesoro en vasos muy frágiles: una sorpresa, un descuido, lo puede echar todo á perder; descubierta la trampa cesa el peligro. La vigilancia es la lámpara encendida de la cual se sirve el hombre prudente para alumbrar su derrotero. Vela en modo especial sobre su imaginación, sobre su corazón y sobre todos los sentidos externos. Vela también sobre su celo; pero con un cuidado muy particular sobre su trato con aquellas personas cuya edad y sexo expondrían su virtud ó su reputación.

PUNTO TERCERO.—*La generosidad.* Hay lazos que el sacerdote prudente no se entretiene en desatar, sino que los corta; lo mismo que hay victorias que no se alcanzan sino con la retirada. ¡Cuánto no ha costado á los Santos conservar tan rico tesoro! Acordémonos de un San Benito, un San Agustín un San Jerónimo.

(1) Rom., XII, 1.

(2) Liturg.

MEDITACIÓN XXIII

Nacimiento de Jesucristo. Su pobreza

El Verbo divino hecho hombre fué ya Salvador desde el primer instante de su concepción; ahora comienza desde su mismo nacimiento á ejercer exteriormente sus funciones por la práctica de la más perfecta pobreza.

- I. Pobreza de Jesús al nacer.
- II. Esta concurre á nuestra salvación.

PRIMER PRELUDIO.—Representémonos el establo pobre y abandonado en que el Hijo de Dios viene al mundo, y considerémosle en todas sus partes. ¿Qué hay en él? ¿qué es lo que falta? ¿deja algo que desear en lo útil y agradable, y hasta en lo necesario?

SEGUNDO PRELUDIO.—Dadme, Dios mío, conocimiento interno de los sentimientos y disposiciones de vuestro divino Hijo en su nacimiento, y su perfecto desapego de todos los bienes de la tierra.

PUNTO I

Pobreza de Jesucristo en su nacimiento

Es extrema, va acompañada de sufrimientos y humillaciones, pero es libre y plenamente voluntaria.

1. Pobreza extrema. Trasladémonos ahora con el pensamiento al lugar de este suceso esperado desde hace muchos siglos. ¿Quién no hubiera creído que el Hijo del Altísimo había de nacer en el primer palacio del mundo y se presentaría vestido de púrpura?... Y..... ¿qué es lo que vemos? ¿qué desnudez! ¿dónde está el palacio?... ¿Dónde la casa? Ni el uno ni la otra existen... ni los muebles más necesarios, ni fuego, á pesar de ser la estación más fría..... cuando los

más indigentes tienen un techo que los cobije; Jesús, sin embargo, no lo tiene y se ve relegado á una gruta fuera de la población y expuesto á todas las inclemencias del cielo. Unos pobres pañales le cubren, su palacio es un establo, su cuna un pesebre y su colchoncito un poco de paja..... dos animales le dan calor con su hálito. Así, con este aparato se presenta el Señor del mundo y hace en él su entrada triunfal cuando viene á salvarle.

Verdad es que esta situación de Jesús en Belén es pasajera, como que no debe permanecer allí siempre; pero siempre será pobre, y como en su encarnación se desposó con la humildad para no dejarla nunca, en su nacimiento toma la pobreza por su compañera inseparable que le habrá de seguir á Egipto, á Nazaret, en todo el curso de sus predicaciones, siempre y por todas partes. A los treinta años dirá lo que hubiera podido decir el primer día de su vida: «Las raposas tienen sus guaridas, las aves sus nidos..... pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza» (1). En el Calvario no tendrá siquiera unos harapos para cubrir su desnudez, ni un vaso de agua para aliviar su sed. *Pauper in nativitate, pauperior in vita, pauperrimus in cruce* (2).

2.º La pobreza de mi Salvador va acompañada de sufrimientos y humillaciones. De sufrimientos: ¿cuántas privaciones, cuántos sacrificios no impone la pobreza! La primera idea que se tiene de un hombre pobre es que sufre; la indigencia sin necesidades sería una contradicción en los términos. Lo mismo se debe decir de las humillaciones: son como la parte obligada de esta clase desatendida por el mundo ciego que no juzga sino por las apariencias. Jesús es pobre, está falto de todo..... y nadie le compadece ni nadie piensa en ello; desde que se le considera como hijo de un pobre artesano, nadie se extraña de verle en necesidad y desnudez de todo: ésta es su condición.

(1) Luc., IX, 58.

(2) San Bernardo, *De Pass.*, cap. 2.

3.º Esta pobreza es plenamente voluntaria. Ese pequeño niño que adoro en los brazos de una Madre tan pobre, es Aquel que ha criado todas las cosas: *Per quem omnia facta sunt*, y á quien todo pertenece: *Mea sunt omnia*. Si El quisiese, la tierra pondría á sus pies todos sus tesoros; bastaría una palabra suya para crear nuevos mundos; todo pues, es aquí de su libre elección. Si la familia real de David, de la cual debía nacer, había decaído de su esplendor y nada tenía ya de sus antiguas riquezas; si el tiempo de su nacimiento coincide con un viaje de su Madre; si las posadas de Belén se hallan atestadas de tanta gente que no pueden recibir á sus Padres.... todas estas circunstancias se han determinado en los decretos eternos y son consecuencia de su predilección por la pobreza.

«El hombre, dice San Bernardo, no conocía el precio de esta virtud; pero el Hijo de Dios, enamorado de sus encantos, viniendo á la tierra ha hecho de ella el objeto de su amor y de su elección para enseñarnos con su ejemplo á estimarla y abrazarla: *Nesciebat homo precium ejus; hanc itaque Dei Filius concupiscens, descendit, ut eam eligat sibi, et nobis quoque sua aestimationi faciat pretiosam* (1). ¿Qué será pues, lo que ha visto de encantador en esta pobreza que los hombres no pueden sufrir y que temen más que á cualquiera otra calamidad? Evidentemente, ó Jesucristo se engaña, ó el mundo está en el error (2). Ahora lo veremos.

PUNTO II

La pobreza de Jesús concurre á salvarnos

El ángel que aparece á los pastores de Belén invitándolos á regocijarse, les da esta razón: «Ha nacido el Salvador del mundo, y hé aquí la señal para

(1) Homil., 1, in vig. Nat. Dom.

(2) *Christus elegit quod salubrius judicat, vos eligitis quod reprobat; quis prudentior e duobus? Aut iste fallitur, aut mundus errat.* San Bernardo, Sermon. 3, in Nativ. Dom.

que le conozcáis: hallaréis un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre» (1). ¡Extraña manera de anunciar á un Salvador! Sin embargo, es cierto: precisamente esos pobres pañales, esa triste cueva, ese pesebre y, por decirlo así, ese lujo de pobreza, eso es lo que nos salva! La pasión de las riquezas que arrastra en pos de sí todas las pasiones, que engendra todos los vicios, frutos del orgullo y de la sensualidad, era la dolencia mortal de la que se trataba de curarnos; era necesario pues, inducirnos al desprendimiento de los bienes pasajeros de la tierra, preparando nuestros corazones al amor de los bienes eternos y enseñándonos á no confiar sino en Dios, esperar todo de nuestra fidelidad en servirle, dejando en su mano todas nuestras solicitudes y cuidados. Pero para obtener este fin.... ¿hubiera sido bastante decirnos: ¡Ay de los ricos! bienaventurados los pobres...? ¿hubiéramos gustado de esta doctrina si no la hubiésemos visto confirmada por el ejemplo de Dios hecho hombre, más persuasivo que todos los discursos?

Por otra parte, no debemos resistir al Salvador que nos dice: «Si hubiera en la pobreza el mal que creéis ver en ella, ó en las riquezas de este mundo la felicidad que en ellas buscáis ¿no hubiera yo visto el uno y la otra? No puedo amar sino lo que es bueno, ni aborrecer sino lo que es malo. ¿Es acaso vuestro juicio más infalible que el mío? Verdad es que para Mí no había peligro en las riquezas, y las hubiera podido poseer sin que mi corazón se hubiera apegado á ellas, ni me hubieran distraído un instante, ni impedido el entregarme del todo á las cosas de mi Padre; pero las he visto llenas de peligros para vosotros.... Precisamente para apartaros de ellas las he rechazado lejos de Mí, y he pronunciado terribles anatemas contra los que las aman y las buscan con pasión; por esto he prometido la verdadera dicha á

(1) *Et hoc vobis signum: Invenietis infantem, pannis involutum, et positum in præsepio.* (Luc., II, 12.)

la pobreza voluntaria, al desprendimiento de todos estos frívolos y caducos bienes. Comparad ahora lo que hago, y que mis ejemplos os expliquen mis oráculos.»

¿Tengo yo los afectos y sentimientos de Jesucristo con relación á la pobreza y las riquezas? Sin embargo, sé que El no será mi Salvador si no es al mismo tiempo mi modelo. ¡Ah Señor! Si por razón de la alta santidad á que llamáis á vuestros ministros les dijeseis á todos y cada uno de ellos como dijisteis al joven del Evangelio. «Si quieres ser perfecto ve, vende todo lo que tienes, dalo á los pobres y sígueme», no deberían titubear un instante, sino considerarse felices por adquirir á tal precio la perfección de un estado que tanta perfección exige; pero no, no les imponéis, Señor, ordinariamente ese sacrificio. No les mandáis que se despojen enteramente de todo lo que poseen, sino que despeguen de ello su corazón y estén dispuestos á sufrir las molestias y humillaciones de la pobreza actual; y si alguna vez permitís que se vean reducidos á ella, por grande que sea su desnudez y necesidad, nunca, por cierto, llegará á ser tanta como la vuestra ¡oh Dios del pesebre y del Calvario! y siempre será sin proporción con la recompensa infinita que prometéis á aquellos pobres bienaventurados que todo lo han dejado por seguirnos: *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum cœlorum.*

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Pobreza de Jesucristo en el misterio de su nacimiento.*—1.º Esta es extrema. Un establo en ruinas para abrigo, pobrísimos pañales para cubrirlo, un pesebre por cuna..... Con este aparato el Señor del mundo hizo en él su entrada, cuando vino á salvarlo... La pobreza será su fiel compañera en Egipto, en Nazaret, en el decurso de sus predicaciones y, sobre todo, en el Calvario. 2.º Va acompañada de sufrimientos y humillaciones. Jesús es pobre, no tiene lo ne-

cesario y nadie le compadece. Todos se creen dispensados de cualquier miramiento respecto de El. 3.º Es plenamente voluntaria. Le bastaría decir una palabra y la tierra pondría á sus plantas todas sus riquezas. ¿Qué ha visto, pues, en la pobreza que el mundo tanto teme?... Ó Jesucristo se engaña, ó el mundo está en el error.

PUNTO SEGUNDO.—*Cómo concurre á salvarnos la pobreza de Jesús en su nacimiento.* «Os ha nacido un Salvador, y por su pobreza le reconoceréis...» Sí, lo que nos salva son esos pobres pañales..... esa gruta..... La pasión de las riquezas que trae consigo todas las pasiones, era la enfermedad mortal que se trataba de curar. Para esto ¿hubiera bastado el decirnos: «¡Desgraciados los ricos!» No, necesitábamos el ejemplo de un Hombre-Dios. ¡Oh cuán poderoso es en el corazón del hombre que lo medita! ¿Tengo los pensamientos y los afectos del Salvador con respecto á la pobreza? *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum cœlorum.*

MEDITACIÓN XXIV

El sacerdote, abrazando el estado eclesiástico por la tonsura, hace profesión de pobreza

- I. La Iglesia exige de nosotros esta profesión.
- II. Bajo qué condiciones la pide.
- III. Quiere que nunca la perdamos de vista.

PRIMER PRELUDIO.—Traer á la memoria esta primera ordenación que os abrió las puertas del santuario. Mientras vuestros cabellos caían cortados por las tijeras del Pontífice, pronunciabais vos el verso del Salmo XV: *Dominus pars, etcétera.*

SEGUNDO PRELUDIO.—Pedir la gracia de penetrarse bien del espíritu de esta santa ceremonia, y de ser fiel á la profesión de pobreza que en sí encierra.